

CAPÍTULO III

EL APOSTOLADO FRANCISCANO

Consulta al Evangelio.—Primera misión.—Inocencio III. Aprobación de la regla.—Establecimiento en la Porciúncula.—Los doce apóstoles de Francisco.—Los cuatro compañeros predilectos.

.....
Y lo que la inteligencia de los doctos no ve, practícalo un alma infantil en su candor.

(Schiller, *Las palabras de la Fe.*)

Era Bernardo de Quintaval pudiente y respetado vecino de Asís: apenas se declaró compañero y discípulo de Francisco, ambos, con las primeras luces del alba, penetraron en la parroquia de San Nicolás, donde se celebraba misa. Por el camino se les reunió el canónigo Pedro Catáneo: todos tres hicieron larga oración hasta la hora de tercia, llegada la cual, consultó Francisco la voluntad divina como la habían consultado los Apóstoles para elegir sucesor al apóstata Judas (1). Hecha la señal de la cruz, abrió tres veces el Evangelio en memoria de la Trinidad sagrada; la vez primera, la página del libro de verdad le presentó este versículo:—"Si quieres ser perfecto, ve, vende cuanto tienes, y dalo a los po-

bres" (2).—La segunda:—"No llevéis nada para el camino, ni bastón, ni alforja, ni pan, ni dinero, ni tengáis dos túnicas" (3).—La tercera:—"Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz y sígame" (4).—Alzó Francisco las manos al cielo, y vuelto a los compañeros, exclamó:—"He aquí, hermanos, nuestra regla y nuestra vida, y la de cuantos a nuestra Sociedad quieran unirse: id, pues, y haced como habéis oído."—Tal fué el fundamento de la regla franciscana, en que la mansedumbre y fraternidad evangélica templa y suaviza los viriles principios del estoicismo, y la contemplación y la actividad andan juntas como hermanas mellizas. Un cuarto de hora después de la consulta, Bernardo de Quintaval y Pedro Catáneo distribuían en la plaza pública a los menesterosos el dinero de sus arcas, las prendas de su guardarropa, los muebles de su casa; al ponerse el sol, el rico ciudadano y el prebendado opulento no eran dueños sino de la túnica burda que Francisco les vistió (5).

Siete días más tarde fué recibido Gil: dueño Francisco de tres voluntades acordes con la suya, pensó en exhortar a los pueblos a penitencia, bien como los andantes caballeros, en su heroica temeridad, embestían solos contra ejército numeroso y aguerrido. Al dirigirse hacia la Marca de Ancona en compañía de Gil, decía con regocijo:—"Nosotros seremos semejantes a los pescadores, que prenden en la red multitud de peces, y volviendo al agua los chicos, ponen en el cesto los grandes."—Al regreso de la primera y breve predicación, esperaban a Francisco tres nuevos discípulos: Sabatino, Morico y Juan Capella. Congregó Francisco la reducida hueste, y habló así:—"No temáis, que en breve acudirán a vosotros nobles y sabios en gran copia, y os acompañarán en exhortar a reyes, príncipes y pueblos: muchos se convertirán al Señor, y éste por todo el mundo acre-

centará y multiplicará la santa familia. Vienen los franceses, se apresuran los españoles, corren teutones y britanos, y se acelera la multitud de las restantes diversas razas." — Otro discípulo más, Felipe Longo, se agregó a la Compañía: y siendo ya ocho con el maestro, ordenóles éste:—"Id dos a dos por las diferentes partes del mundo, anunciando a los hombres paz y penitencia en remisión de los pecados."—Los ocho, formando parejas y colocados en figura de cruz, rompieron a andar hacia el lado que les tocaba. La despedida de Francisco, fué un versículo del Salmo LIV:—"Pon en el seno del Señor tu confianza, y él te sustentará" (6). Escasas noticias ofrecen las crónicas de esta misión, que duró poco tiempo (7). No tardó Francisco en desear el término de su comenzada e incompleta obra. Anheló ver a sus hijos agrupados en torno suyo (8); y una mañana, sin que hubiese precedido orden ni concierto alguno, se hallaron los misioneros, que andaban dispersos por distintas provincias, reunidos en Santa María de los Angeles. Ingresaron entonces en la familia Juan de San Constancio, Bárbaro, Bernardo de Vigilancia y el sacerdote Silvestre. Comprendía Francisco que al monumento le faltaba base aún; que el árbol carecía de raíz. Aquel puñado de hombres, que en el aislamiento y retiro de una ermita proyectaban sujetar el mundo entero al yugo de la evangélica enseñanza, era todavía algo no incorporado al organismo siempre vivo y fuerte, ni nutrido en el seno eternamente fecundo de la magna madre. Mientras Francisco no lograra asociar su espíritu nuevo al espíritu perpetuamente renovado que informa el cuerpo de la Iglesia, parecíale que su obra no viviría. Buscando centro de unidad, hallábalo en el resplandeciente sol, que aun nublado por eclipses, tormentas y nieblas, lucía lo bastante para iluminar la noche de la barbarie y los sombríos abismos de la

conciencia humana.—“El siervo de Dios—dice San Buenaventura—dispuso ir a presentarse con su compañía de hombres sencillos a la Sede Apostólica, para pedir con súplicas e instancias que la regla de vida enseñada por el Señor fuese confirmada por la omnimoda autoridad de la Sede Apostólica.”—Hasta entonces no acostumbraban los fundadores de órdenes nuevas solicitar la aprobación del Pontífice para sus estatutos: constituíanse libremente las comunidades, y si sus frutos eran perniciosos, el Papa condenaba la institución, como hizo con Valdo y sus secuaces (9). Francisco fué el primer fundador que quiso cimentar sin dilación su edificio en la angular *piedra*. Púsose, pues, en camino de Roma; y al cruzar por Rieti, halló a Angel Tancredo en la calle, y le mandó que se uniese a su comitiva. Con la añadidura de Angel, llegaron a doce los discípulos; y alcanzando este número, en el cual se contaba el futuro Judas, Juan Capella, estuvo completo el apostolado que seguía al grande imitador de Cristo en el siglo XIII. Así llegó Francisco a Roma, a los pies de Inocencio III, rector entonces de los destinos de la cristiandad.

Conocemos ya al insigne continuador de Gregorio VII, al que concentró en sus manos el poder eclesiástico con tan suave firmeza como perseverante energía mostró su antecesor. Circulaba por las venas de Inocencio III sangre de vándalos y lombardos; su ilustre casa procedía del fiero rey Genserico; y sin embargo, en pocos hombres lucieron más las amables y brillantes cualidades de la raza latina que en el joven Lotario. Estudiante en la renombrada Universidad de París, se familiarizó con las letras griegas y hebreas, que habían de ser consuelo y solaz de su vida. En Bolonia profundizó los cánones; y, en la flor de la edad, conducido ya por sus méritos al acceso de las dignidades eclesiásticas, tan

apetecidas, redactaba las páginas elegantes y selectas, pero tristes, de su hermoso libro *Sobre el desprecio del mundo*. Ciertamente que estaba bien dispuesta para comprender la idea franciscana el alma del Pontífice que había escrito estas melancólicas frases: “Un poco de agua y de pan, abrigo y un vestido, he aquí cuanto ha menester el hombre. Mas ¡qué de necesidades inventa y añade la concupiscencia!... La saciedad viene a reemplazar al hambre, y el hastío al deseo de comer; y no porque así lo reclame el sostenimiento de la vida y el mandato de la Naturaleza, sino solamente por halagar el paladar y lisonjear el apetito; de donde resalta que ya no hay vida y salud, sino enfermedad y muerte.

“La muerte y la podredumbre horrorizan. ¿De qué sirven entonces tesoros, festines, placeres y honores? Entonces viene el gusano que no muere, el fuego inextinguible.

“¡Felices, felices aquellos que no han vivido!”

Así expresaba el que había de ser Inocencio III su temprana persuasión de la nada de las cosas terrestres. Con la serenidad del filósofo libre de todo apego a lo perecedero, ascendía al puesto más eminente del orbe, a la edad de treinta y siete años. Mucho se resistió a aceptar las llaves que abren el cielo; preciso fué vestirle, mal de su grado, las sacras insignias, llevarle a San Juan de Letrán y sentarle en el trono y en la silla estercoraria (10), mientras corría de sus ojos un río de lágrimas y levantaban su pecho los sollozos. “¡Ay de mí!—decía,—alzado he sido sobre todos; pero ¡qué carga! Siervo soy de toda la familia, deudor de sabios e ignorantes. Apenas alcanza un número grande de servidores a servir debidamente a un solo dueño: ¿cómo ha de servir a tantos un siervo solo? ¿Quién enfermará sin que yo enferme también? ¿Quién se escandalizará sin que yo arda? ¿Qué de trabajos cotidianos me

esperan! ; Qué de empresas superiores a mis fuerzas tengo que acometer! No quisiera jactarme, porque tal vez no alcanzaré a cumplir mi tarea. Los días contarán a los días mis labores; las noches a las noches mis inquietudes. No es mi cuerpo de piedra, ni es bronce mi carne. Mas por frágil e imperfecto que yo fuese, ayudaráme Dios: el Dios que da con abundancia y nunca se cansa de dar, el que sostuvo a Pedro sobre las olas porque no fuese sumergido; el que allana los senderos tortuosos, guiará mis pasos; pues no están los caminos en manos del hombre.”

Se realizó la esperanza en la ayuda del cielo que Inocencio III manifestaba ante el clero y pueblo reunidos, al subir por vez primera a la cátedra de San Pedro, cuando llegó a sus plantas el penitente del valle de Espoleto, con sus pies descalzos y su remendada túnica. Hallábase en Roma Guido, obispo de Asís, y por mediación del cardenal Juan Coloma, logró para Francisco promesa de audiencia del Papa. Mas no sufría la impaciencia de Francisco esperar a la hora que se le señaló, y aprovechándose de la llaneza con que los Papas tenían franca su puerta a todo linaje de gentes, se entró por las salas del palacio de Letrán, hasta llegar a una galería abierta en que Inocencio gozaba del fresco, contemplando la campiña, espaciando su ánimo, abrumado de graves preocupaciones. Al ver acercarse a aquel mendigo desconocido, Inocencio, diariamente molestado por fanáticos que le consultaban extravagancias, fijó apenas su atención en Francisco, y le despidió sin querer escucharle. Francisco no se fué abatido. Había soñado la víspera que veía un árbol frondoso cargado de apetecible fruta, y tan alto, que no era posible alcanzar a sus ramas: y como Francisco anhelase coger alguna, el árbol mismo se inclinó, brindando sus pomos dulces a la mano. Entendió Francisco que el árbol era la voluntad del Pontífice que

se doblegaba a su deseo. A su vez Inocencio III tuvo aquella noche una visión. Soñó que a sus pies brotaba y crecía verde y gallarda palma, que dilatándose en tronco y hojas, desafiaba ya con la copa las altas nubes. Y como anhelase entender el sentido del sueño, una voz le dijo que la palmera era aquel pobre cillo que había rechazado con desdén. Inocencio hizo buscar a Francisco por toda Roma; dieron con él en el hospital de San Antonio. Cuando Francisco se presentó ante el Papa y puso en manos la regla, fué su transporte tal, que apenas podía contener los pies, y se movía como si bailase. Era Inocencio capaz de penetrar y entender desde luego el espíritu de abnegación que animaba la regla franciscana: mas los cardenales allí presentes se asustaron de la pobreza absoluta, de la humildad perfecta, del desasimiento casi sobrenatural propuesto por el hombre pálido y estenuado que respetuosamente se inclinaba ante el Pontífice. Inocencio aplazó la resolución; pero Juan Coloma representó con energía a sus compañeros purpurados que si la regla de Francisco, fiel trasunto del Evangelio, era impracticable, habría que renegar de Jesucristo y tener por superior a las humanas fuerzas su doctrina. Nuevos sueños tuvo Inocencio aquella noche. Figuróse que la basílica de San Juan de Letrán se tambaleaba próxima a desplomarse, cuando un pordiosero, en rostro y traje igual a Francisco, acudía y con sus hombros sustentaba la mole. Al otro día se presentó de nuevo Francisco a Inocencio. Aún vacilaba éste desconfiando del impulso de su corazón y de las sugerencias de la noche: para vencer la última resistencia, el poeta con sayal habló al poeta con tiara (II) el lenguaje de la imagen y del símbolo, que subyuga la fantasía y cautiva la mente. “Habitaba en un desierto—dijo Francisco—una doncella pobre, pero hermosa, y habiendo admirado un gran Rey su gentileza, la codició para es-

posa, porque en ella podría engendrar preciosos vástagos. Contraído y consumado el matrimonio, nacieron en efecto muchos hijos, a los cuales, llegados ya a la edad adulta, dijo su madre: "Hijuelos míos, no os avergoncéis, porque hijos sois del Rey: id, pues, a su corte, y él os suministrará todo lo necesario para vivir." Hiciéronlo así, y el Rey, habiendo admirado su belleza y visto cómo le eran semejantes, les preguntó: "¿De quién sois hijos?" Y sabiendo que eran hijos de la pobrecilla del desierto, les abrazó con júbilo, diciéndoles: "No temáis, que hijos míos sois, y si a mi mesa comen los extraños, ¿qué no haré con vosotros, que sois mi legítima prole?" En consecuencia, advirtió a la madre que enviase a la corte a todos los hijos por él engendrados. Este Rey era Jesucristo; la doncella, la Pobreza, que habita los desiertos, porque los hombres la desprecian e injurian. Mas el Rey del cielo se enamoró perdidamente de ella, por su hermosura grande, y descendió a la tierra para poseerla. Celebró, en efecto, sus nupcias sobre la paja de la gruta de Belén. De su esposa tuvo muchos hijos en el desierto del mundo, anacoretas, apóstoles, tantos como por amor a Cristo abrazaron la Pobreza... Beatísimo Padre, la Pobreza envía hoy a su esposo Jesucristo nuevos hijos que nada quieren del mundo y en todo se asemejan a su madre. ¿Cómo podrá su Padre abandonarlos?"—Terminado el apólogo, el Papa se volvió a los Cardenales, exclamando:—"He aquí verdaderamente al que con obras y doctrina sostendrá la Iglesia de Cristo" (12).—Y confirmando al punto la regla de palabra, *vivæ vocis oraculo*, pidió le fuesen presentados los compañeros de Francisco, confiriendo a los laicos la tonsura (13). Logrado su objeto, maestro y discípulos tomaron la vuelta de Asís. En el camino, como no llevasen víveres, se hallaron en despoblado y de noche, rendidos de cansancio y hambre. Pasó un in-

cógnito y puso en manos de Francisco una hogaza de pan, que bendecida y partida entre trece hombres exhaustos, satisfizo plenamente la necesidad de todos. Hicieron alto en Horta, y ya el pueblo comenzó a besar sus sayales y a apiñarse para oír hablar a Francisco. Huyendo de la lisonja pública, se volvieron al pobre asilo de Rivortorto, choza que se alzaba en pedregosa soledad, bañada por mezquino arroyuelo, y tan reducida, que fué preciso, para que en ella pudiese cobijarse la aumentada prole franciscana, señalar en la pared el sitio que debía ocupar cada hombre. Un día que rezaban en el mísero tugurio, oyeron relinchos de corceles, estrepitosos vítores, triunfales marchas: era el cortejo que escoltaba al Emperador Otón IV, que cercado de magnífica pompa y llevando a su izquierda al Arzobispo de Milán, iba a Roma a recibir la corona, el globo y el manto. Francisco no salió a ver la soberbia cabalgata, pero envió a uno de sus frailes, que deteniendo el arrogante palafren del Emperador, pronosticó a éste la brevedad de su poderío. En efecto, un año después caía sobre la cabeza de Otón el entredicho eclesiástico y con él la pérdida del imperio.

En el angosto recinto de Rivortorto se fundieron del todo los corazones de Francisco y sus compañeros, unidos en largas contemplaciones, coloquios santos, comidas que en lo fraternales semejaban ágapes de la edad heroica del Cristianismo, íntima familiaridad con la naturaleza, silencio rimado por la música monótona del arroyo o por el murmullo de la oración. Fuése Francisco una tarde a dormir a Asís, a fin de predicar el domingo en la catedral, y los solitarios de Rivortorto vieron aquella noche, al subir la luna a su cenit, que una carroza de fuego, cuyo centro ocupaba un globo luminoso y resplandeciente como el sol, salió y entró hasta tres veces, girando por la cabaña; y parecióles que el espíritu de su maestro, cual de otro

Elias, era arrebatado hasta los cielos en el ígneo carro (14). Pero grosera realidad vino a turbar el sosiego del oasis de Rivortorto. Hallándose Francisco y sus socios cantando himnos, un villano de las cercanías se entró en la choza con su asno del diestro, gritando al animal;—"Pasa, pasa, que aquí descansaremos bien."—Alzóse Francisco, y dijo a sus compañeros:—"Hermanos, yo sé que Dios no nos ha llamado para hospedar jumentos, ni para que nos distraigan cuando, después de enseñar a las gentes el camino de la salud, nos retiramos a hacer oración."—Levantándose todos dejaron su albergue, se acogieron al primer nido de la Porciúncula, y presto los benedictinos de Subiaco dieron de limosna a Francisco la ermita amada.—"Esta—decía Francisco—es morada de ángeles y no de hombres."—En reconocimiento de la propiedad y dominio que los benedictinos tenían sobre la Porciúncula, todos los años les presentaban los franciscanos un canastillo de peces, cogidos en el riachuelo que corre al pie de la ermita (15).

Habitemos algún tiempo en compañía de sus moradores; conozcamos al apostolado franciscano, y a los nuevos discípulos que se agregaron a los primeros doce. Los genios en la tierra, cual los soles en el universo celeste, atraen y hacen girar en su esfera un sistema de planetas, comunicándoles luz, calórico, magnetismo. Bien como de gran filósofo nace una pléyade de pensadores; como de extraordinario capitán es suscitada una legión de héroes, así Francisco reunió en torno suyo varones singulares, que cada cual comprendía y desarrollaba un aspecto de su inmenso espíritu. "De los doce que constituyen el apostolado—dice un autor—(16), hemos oído que todos fueron santos, a excepción de uno que, habiendo salido de la Orden y cubiéndose de lepra, se ahorcó con soga, cual otro Judas: por lo cual no le faltó a Francisco en sus discípulos semejanza alguna con Cristo".

Bernardo de Quintaval, primogénito de Francisco, era un acomodado ciudadano de Asís, a quien movió a mucha lástima ver al hijo del opulento negociante Morico acarrear ladrillo para la reconstrucción de las iglesias, y ofreciéndole cena y lecho, le hospedó, según costumbre de la época, en su propia cámara. Bernardo fingió profundo sueño, pero acechaba, a fin de sorprender en alguna acción de Francisco la clave de su misteriosa conducta: al mediar la noche vió que el penitente se levantaba, postrándose en el suelo, y bañado en lágrimas y como absorto repetía sin cesar la jaculatoria *Deus meus et omnia*. A la luz del alba Francisco se acostó de nuevo, y Bernardo, arrojándose a sus pies, le preguntó:—"Si un siervo ha recibido de su amo riquezas, y retenídoles muchos años, pero ya no quiere conservarlas más tiempo, ¿qué debe hacer?"—"Restituirlas a su dueño"—contestó Francisco.—"Hermano, replicó Bernardo, yo quiero repartir mis bienes a los pobres."—Esta iluminación repentina, este fulminante contagio de la pobreza, obra de Francisco, hizo decir a Dante Alighieri que—"el venerable Bernardo se descalzó primero, y corrió tras de la paz, y aun corriendo, parecía tardar mucho en alcanzarla" (17).—Ya sabemos cómo Francisco y Bernardo fueron juntos a consultar el Evangelio, y cómo Bernardo distribuyó su hacienda aquel día mismo en la plaza de Asís. Según afirma un compañero de Bernardo, era el alma de éste cristal de hermoso matiz que teñía los objetos en su propio color; por sistema pensaba bien de todo y de todos; y si, al ver un mendigo harapiento, decía que aquél observaba mejor que nadie el voto de pobreza, en cambio, al encontrar un galán, le ocurría que bajo la rica sobrevesta iba oculto un cilicio. Elegido para predicar la humildad franciscana en la doctísima Bolonia, metrópoli de la ciencia del derecho, presentóse Bernardo con su grosero atavío exhortando en sencillo lenguaje a los graves juris-

consultos, a los sabios profesores, a los retóricos elegantes, inflados de erudición y vanidad. Reían éstos viendo que semejante mendigo traía propósito de enseñarles, a ellos, príncipes de la cátedra y del aula, y a su despreciativa risa hizo coro el vulgo silbando y apedreando en las calles a Bernardo de Quintaval; mas al fin hubo un abogado de nombradía, Nicolás Pépoli, que observando al penitente, su rostro demacrado, su talle ceñido con tosca cuerda, su edificante apostura, comenzó a creer que no era un juglar aquel hombre desconocido; que podía ser doctor en santidad y costumbres. Y tanto lo fué, que al cabo Pépoli vistió el sayal franciscano, y mudada la opinión pública, fundó Bernardo con limosnas de la ciudad universitaria el convento de Bolonia (18). Bernardo, a quien Tomás de Celano llama socio fiel y necesario de Francisco, acompañó a éste en su viaje a España: la tradición afirma que habiendo hallado en Santiago de Compostela a un pobre gravemente enfermo, Francisco ordenó a Bernardo permanecer al lado del desvalido hasta lograr su curación; y mientras Francisco se adelantaba a Aragón y Castilla, Bernardo en Compostela imploraba la caridad pública para mantener al enfermo, que al cabo, recobrada la salud, le siguió a Italia. Todavía volvió Bernardo a España con misión de fundar conventos, y más adelante, después de la muerte de Francisco, el benévolo y pacífico Bernardo hubo de oponerse, con incontrastable resolución, al vicario fray Elías, relajador de la santa Pobreza, hasta que éste, para librarse de sus severas censuras, le desterró a la inaccesible soledad de Fabriano, donde amargas raíces y acres frutos fueron su sustento. En la hora de la muerte se aproximó a su lecho su amigo el extático Gil, diciéndole:—“*Sursum corda.*”—“*Habemus ad Dominum*”;—contestó el agonizante. Así se despidieron ambos gladiadores de Cristo (19).

El canónigo Pedro Catáneo se unió a Francisco y a Bernardo cuando se dirigían a San Damián a consultar los Evangelios. Como Bernardo, repartió a los pobres su pingüe caudal. Al renunciar Francisco el generalato de la Orden, lo confió a Pedro Catáneo, que lo desempeñó hasta su muerte. Dicese que, difunto ya Pedro Catáneo, atraía con reiterados milagros muchedumbre de gente a su sepulcro, hasta que Francisco, por no turbar la quietud del convento y de los pueblos cercanos, ordenó al cadáver que cesase de obrar prodigios. Los escritores de la época no mencionan esta tradición, comentario quizás de la fantasía popular a la obediencia franciscana.

En cuanto a Fray Gil, tercer figura profundamente franciscana, trovador del cielo, permanece vivo en las páginas de las *Floreillas*. Gil o Egidio, que vivía en Asís, fué movido de la conversión de Bernardo y Pedro, y deseó buscar a Francisco y unirse con él. Ignorando el camino, encomendóse a Cristo y tomó el primer sendero que se le presentaba, por el cual derechamente fué a parar adonde Francisco hacía oración. Y Francisco, en su estilo trovadoresco y animado, dijo a Gil:—“Amado hermano, Dios te ha dispensado gracia singular. Si el Emperador viniese a Asís, y quisiese hacer a algún ciudadano caballero suyo, o camarero secreto, ¿no sería para éste motivo de júbilo? ¿Pues cuánto más debes regocijarte tú, a quien Dios ha elegido por su caballero?” (20). Llamando a Bernardo, comieron todos juntos la humilde pitanza, con extraña alegría; después se dirigieron a Asís, con ánimo de solicitar por caridad el hábito para el nuevo hermano. En el camino hallaron una mendiga que les pidió limosna: Gil echó mano por costumbre al bolsillo: pero como se había desprendido de todo, no encontró moneda, y quedó confuso. Francisco le miró entonces con expresivo mirar y señaló al capote; Gil, despojándose de él, lo